

FRANCO LINDNER

EL MARTIRIO

La historia secreta de la guerra entre
Alberto Fernández y Fabiola Yañez



FRANCO LINDNER

EL MARTIRIO

La historia secreta de la guerra entre
Alberto Fernández y Fabiola Yañez

 Planeta

INTRODUCCIÓN

Mucho antes del escándalo que lo mantiene ocupado por estos días, allá por septiembre de 2018, Alberto Fernández protagonizó un incidente revelador. Sucedió en un restaurante de Puerto Madero, La Cabaña. Estaba con Fabiola Yañez, cenando, y escuchó cómo desde otra mesa un hombre mayor empezaba a insultarlo.

Fernández contó que el hombre lo increpó de mala manera:

—¡Ladrón, chorro! ¡Vos defendés a la chorra!

—Andate, andate, dejame tranquilo —dijo que le contestó.

Pero el hombre seguía.

—¡Chorro, vení a pelear! —lo invitó, siempre según Fernández.

Y entonces ocurrió una escena que Alberto describió así ante los medios: «Venía directo a pegarme, me acerco y me golpea con su hombro en mi cuerpo y se cae al piso. Comienza a gritar que yo le había pegado. Todos

los presentes le pedían que finalizara con ese acto porque nadie lo había tocado, pero seguía gritando y estaba claramente alcoholizado».

Completó su relato: «Y ahí se cayó. Y con tanta mala suerte que, cuando se cae, golpea la cabeza con el filo, no sé si de la mesa o qué».

Eso explicaba la sangre en su rostro.

Por suerte, Alberto había salido indemne de la agresión en su contra, o de lo que en ese momento calificó como un escrache.

Se presentó como la víctima.

Y dijo que hasta hizo la denuncia policial en una comisaría cercana.

El caso generó repudios y mensajes de solidaridad, entre ellos el mío, por más que no hablábamos hacía un largo tiempo. «Gracias», me contestó por entonces.

¿Cómo no solidarizarse con un exfuncionario al que intentaban golpear en un lugar público, más allá de los errores que pudiera haber cometido en el pasado? No, nada justificaba la violencia.

Pero la historia lamentablemente no termina aquí. Menos de un año después, el 22 de junio de 2019 —en la mitad de la campaña presidencial que lo tenía como candidato, acompañado en la fórmula por Cristina Kirchner—, salió a la luz el video de aquel episodio registrado por las cámaras de seguridad del restaurante.

Ahí se veía algo bien distinto. El supuesto agresor estaba de pie, a unos pocos pasos de la mesa de Alberto y Fabiola, y se notaba que discutían, aunque la grabación no tenía audio. Y de pronto, Alberto se levantó de

su silla como una tromba, tomó envión y se lo llevó por delante, pecheándolo.

El hombre cayó aparatosamente, no logró incorporarse.

Fabiola corrió tras Fernández y lo tomó de los brazos para llevárselo rápidamente de la escena.

Un mozo apareció para ver qué había pasado.

Fin de la filmación.

En resumen, la supuesta víctima se había llevado puesto al agresor, que ya ni se movía. Y después lo terminaría denunciando ante la comisaría.

Era obvio que el video buscaba impactar en la imagen de un candidato que ya por ese entonces tenía buenas chances de ganarle a Mauricio Macri.

Patricia Bullrich, la ministra de Seguridad del gobierno de Cambiemos, fue una de las voces que lo criticaron con dureza:

—Alberto Fernández es una persona agresiva.

Pero la intencionalidad política de aquella filmación no tapaba lo que en ella se veía: que había ocurrido lo contrario de lo que dijo Alberto.

Esta breve anécdota arroja dos enseñanzas. La primera cae de madura: la palabra de Fernández es sinuosa. La segunda, y más importante, es que a menudo no resulta tan fácil distinguir entre víctimas y victimarios. Son roles a veces intercambiables.

En el caso que nos ocupa en este libro, el expresidente a priori entra en la segunda categoría. Pero ¿y la supuesta víctima, Fabiola? Como se verá, su papel en esta historia también abre numerosos interrogantes.

¿Es verdad que hubo un móvil económico detrás de la denuncia y un pedido de 3 millones de dólares para no acusarlo por violencia de género ante la Justicia? ¿Por qué no lo denunció antes, estando en el poder? ¿Por qué ahora intenta endosarle la completa responsabilidad por el escándalo que opacó sus días en el gobierno, el de la fiesta de Olivos? ¿Las filtraciones a cuentagotas sobre las infidelidades de Fernández, que corroen su reputación tanto como las fotos y los videos de los hematomas, son obra suya?

Estas son solo algunas de las preguntas que el presente libro intentará responder con el máximo rigor posible, basándose en decenas de fuentes del entorno íntimo de ambos, del ámbito judicial y la política, además de archivos públicos y privados que sorprenden.

El martirio puede leerse como una investigación urgente y documentada, un relato en clave de thriller político, judicial e íntimo sobre el caso que sacude a la opinión pública desde que, en agosto de 2024, Yañez presentara su denuncia contra el expresidente.

Las revelaciones son inquietantes.

Hay un acusado, Fernández, que, al momento de la denuncia, ya tenía preparados los testimonios ante escribano público de varios testigos que declararían en su favor. No porque fuera vidente, sino porque estaba preparado para lo peor tras una fallida negociación a contrarreloj con su ex, que incluía la promesa de un futuro asegurado. Y además de esos testigos en gateras, el expresidente venía recolectando otras pruebas desde hace tiempo, como los mensajes cruzados con la madre

de Yañez o las imágenes en las que se veía a la ex primera dama bebiendo alcohol.

Hay una denunciante, Fabiola, que misteriosamente omite datos clave en su declaración ante la Justicia, como un segundo embarazo que terminó en aborto en 2017, aparte del que le pidiera interrumpir Alberto un año antes. La misma denunciante que, ni siquiera sus abogados entienden por qué, se resiste hasta último momento a entregar su celular, prueba fundamental para los investigadores judiciales. ¿Hay chats e imágenes en ese aparato que no le conviene que trasciendan?

Hay una exvicepresidenta, Cristina, que en privado festeja la denuncia contra su antiguo aliado, y que durante los años de poder compartido le advertía sobre sus inconductas. «Tenés que dejar de joder con las minas». «Poné orden en tu casa». Se trata de la misma vice que, según sospecha el expresidente, ordenó filtrar la foto de la fiesta de Olivos para dejarlo desangrarse en medio de la interna feroz entre ambos.

Hay un juez, Julián Ercolini, que pasó de amigo a enemigo íntimo de Fernández, quien lo expuso por el viaje a la estancia patagónica de Lago Escondido, invitado por directivos del Grupo Clarín. El juez es quien ahora define la suerte del expresidente, así como el Grupo también se cobra su propia venganza exponiendo en la tapa de su diario a Tamara Pettinato, la novia de José Glinski, el exfuncionario señalado por la filtración de esa excursión al Sur.

Hay una larga fila de mujeres además de Pettinato —la señalada como la «obsesión» del expresidente—,

entre las que se menciona a Viviana Canosa, Victoria Onetto, Úrsula Vargues, Luciana Rubinska, Romina Uhrig, una exparticipante de *Gran Hermano*, Lorena del Valle González, y la *community manager* de la cuenta del perro Dylan, Cecilia Hermoso. Y también hay operativos de encubrimiento para recibir visitas secretas en el departamento de Alberto en Puerto Madero, bautizado como «el trámite» por su custodia. «Tenemos un “trámite” a las 14».

Hay una conspiración que denuncia el expresidente y que involucra al Grupo Clarín que, según él, le pidió que «entregara» a CFK. Asegura que, como se opuso, lo fusilaron con la causa de violencia de género, una primicia del multimedio. Pero también hay una jefa que no valora ese supuesto gesto de lealtad, y que en otra época lo trataba a él de «vocero» del Grupo.

Hay un vaporoso documental sobre el escándalo que Fabiola usa como método de presión contra Fernández, pero que ni siquiera habría comenzado a filmarse ni tiene fecha estimada de salida ni canales interesados. Y también aparece una periodista del Grupo Clarín y cercana a la ex primera dama, Sandra Borghi, que asegura haber visto el material, aunque niega tener participación en él con la productora de su marido.

Hay una amiga y colaboradora de Fabiola, Sofía Pacchi, a la que la primera dama echa intempestivamente de Olivos por recibir mensajes calientes de Fernández en su celular. La misma amiga que, mucho antes de esa pelea, recorría las fiestas de la noche con Yañez cuando ambas eran modelos. Y la misma que, tras la denuncia

de Fabiola, llamativamente se solidariza con el expresidente.

Hay un caso de corrupción, el de los seguros, que involucra a una antigua secretaria de Alberto, María Cantero, confidente involuntaria de Fabiola en los chats en los que la primera dama habla de los golpes. Es la misma que, llamada a declarar en la causa por violencia de género, no mueve un dedo para aliviar la situación de su exjefe. ¿Por qué? Porque Fernández, a su turno, también le había soltado la mano en la investigación sobre la aseguradora de su marido.

Hay una relación de pareja, la de Fabiola y Alberto, que no nació de la manera en que ellos contaron, de día y en un ámbito universitario. Y que tiene fechas inciertas, interrupciones y reencuentros no conocidos, como el que protagonizaron cuando él fue oficializado como candidato a presidente y le ofreció ser su primera dama. «Te pido que me acompañes, la vida va a cambiar para vos», le propuso él, al tiempo que desechaba a otra candidata al puesto.

Hay una versión que el expresidente intenta instalar por medio de interpósitas personas y que habla de los supuestos amantes de Fabiola, de sus viajes a la provincia de Misiones para ir «de trampa» y de fotos borrosas con empresarios y otros presuntos festejantes. Es el mismo expresidente que, según ella, en los comienzos de la relación la llamaba a toda hora para preguntarle dónde y con quién estaba. ¿Celos patológicos o desconfianza justificada?

Hay una historia desconocida sobre los orígenes de Yañez, cuya madre trabajaba como empleada en una

fábrica de mermeladas en Río Negro. La historia extraoficial cuenta que el hijo adolescente del patrón, un ingeniero de buen pasar, terminó embarazándola, y de esa relación clandestina nació la primera dama. Fabiola recién conoció a su padre, Julio Salvarredi, cuando tenía 22 años.

Hay un famoso neurólogo, Facundo Manes, que atendió a Fabiola por un cuadro que en su instituto INECO llamaron «desorden de intensidad emocional», una etiqueta suavizada para lo que la psiquiatría llama trastorno *borderline*. Ese tratamiento empezó a instancias de Alberto, un viejo conocido de Manes, aunque concluyó cuando la paciente se dio el alta a sí misma. «Sentía que me mantenían medicada como modo de controlarme», dijo.

Hay un gobierno, el de La Libertad Avanza, que celebra y empuja este escándalo que le permitió tomar aire en el momento más duro del ajuste económico. Este gobierno, gracias a los buenos oficios de un agente apostado en Madrid, agilizó la declaración judicial de Fabiola en el consulado argentino de la capital española. Y también hay nexos subterráneos entre el oficialismo y los abogados de la ex primera dama. Un *win-win* para Yañez y Javier Milei.

Hay carpetazos cruzados sobre alcoholismo, infidelidades aparentemente mutuas, trastornos psiquiátricos, discusiones con insultos, moretones, chats y videos para todos los gustos.

Hay un expresidente que se victimiza y amenaza con suicidarse, y una denunciante que le exige 7.000 euros

por mes de cuota alimentaria para su hijo, casi la totalidad de sus ingresos. Yañez asegura que no puede llevar una vida más económica en la Argentina porque tiene miedo de volver por los posibles escraches.

Hay un acusado que asegura que ella se lastimaba sola por las caídas que le provocaba el alcohol —como lo que contaba sobre el viejito del restaurante— o que habla de reacciones cutáneas a tratamientos estéticos que explicarían los moretones, algo que hasta el médico de confianza del expresidente desestimó en sede judicial. Y también hay una supuesta víctima, bastante precavida, que ya en sus tiempos de primera dama compartía las imágenes de los hematomas con el elenco más cercano del mandatario, a modo de advertencia. «Las fotos las guardo porque no soy tonta y por las dudas», asegura una testigo que le explicó Fabiola.

Es que, así como parecen evidentes los pecados atribuidos a Fernández, también lo es el uso posterior que, en forma consciente o no, intentó hacer de ellos su pareja. Se trata de una historia con grises, matices, y sin la presunción de una verdad absoluta.

A priori hay una víctima y un victimario, pero lo que no hay son inocentes.

Pasen y lean.